

**BIOGRAFIA y elogio del Sr. Dr. D. Eduardo Vargas, presentada á
la Academia Nacional de Medicina por el Dr. Rafael Carrillo.**

SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORES ACADÉMICOS:

Voy á permitirme ocupar vuestra benévola atención, dando cumplimiento al primer deber que la Academia me impone, haciendo la biografía y el elogio de mi sentido antecesor en este sitio. Tarea es esta, ardua para mí, porque desgraciadamente excepcionales fueron las veces en que tuve la satisfacción de

conversar con el compañero afable, con el verdadero amigo, con el hombre pundonoroso, con el médico honrado y con el académico eternamente ausente; por fortuna, las circunstancias me han favorecido poniéndome en contacto con personas que tuvieron la dicha de tratarlo por varios años, y que pudieron apreciar en todo lo que valía el Sr. Dr. Don Eduardo Vargas. A ellas debo estos datos biográficos y hago públicos mis agradecimientos por tan valioso contingente.

Es honda mi pena el haber sido elegido por la suerte para poner de relieve ante la posteridad los principales rasgos intelectuales y morales del ser que desgraciadamente nos ha abandonado, pero cuya memoria perdurará en el corazón de muchas generaciones por sus sentimientos, por sus acciones y por sus escritos que nos ha legado.

Y, aun cuando no poseo un lenguaje florido, ni tengo tampoco aptitudes literarias, no temo desvanecer las virtudes del compañero distinguido, porque siempre la honradez, la sinceridad, la afabilidad, la constancia, el amor al estudio y la conciencia del cumplimiento del deber, brillan y se destacarán siempre como estrellas de primera magnitud, entre la pléyade de hombres que forman la Humanidad.

Así fué el Dr. Vargas.—Como niño, como estudiante, como médico, como compañero, como hijo, como hermano, como esposo y como padre, siempre se distinguí por sus bondades, siempre fué bueno en toda la extensión de la palabra, y siempre también fué querido por sus padres, por su esposa, por sus hijas, por sus condiscípulos, por sus compañeros y por sus amigos.

Este es el hombre que voy á biografiar.

El Sr. Dr. Don Eduardo Vargas nació en la Ciudad de Durango el día 10 de Marzo de 1852, habiendo sido sus padres el Sr. Don Manuel Vargas y la Sra. Doña Matilde Vargas. Terminada su instrucción primaria, su padre, siendo comerciante, pensó dedicar á Eduardo al comercio; pero pronto comprendió que esa no era su vocación, y resolvió inscribirlo en el Instituto "Juárez" del Estado, con el fin de que hiciera sus estudios preparatorios para la carrera que más tarde había de seguir. La aplicación y el amor que tomó por el estudio, lo comprueba el éxito que tuvo en sus exámenes y en los actos públicos que sustentó, habiendo obtenido el primer premio en el último año de

sus estudios preparatorios. Estos éxitos le valieron para que el Estado de Durango, apreciando su aplicación y buena conducta, lo pensionase y pudiera seguir con esa ayuda sus estudios profesionales en esta Capital.

Vino á estudiar á nuestra querida Escuela, allá por el año de 1874, cursando anatomía descriptiva, con el entonces profesor de esta asignatura y Director de la Escuela N. de Medicina, Sr. Dr. Don Francisco Ortega.

El estimado compañero Sr. Dr. Don Joaquín Martínez, me refiere que fué condiscípulo del Sr. Dr. Vargas, siendo ambos internos de la Escuela N. de Medicina, y dice: "el joven Vargas, de modales decentes, fino y siempre correcto, se caracterizaba por su seriedad, por su aplicación, y al mismo tiempo, sin alejarse del amigo que le brindaba un rato de distracción, siempre atento, amable y servicial, le llamábamos el "amigo verdadero."

Cursó las materias de medicina con aplicación y aprovechamiento, figurando en el sorteo del primer premio en el examen de 4º año de medicina, por haber obtenido la calificación de P.B. P.B. y M.B.

Siendo estudiante de tercer año, tomó parte en los concursos que para proveer las plazas de practicantes en el Hospital de San Andrés, ya clausurado, se verificaron el año de 1877, habiendo ganado la plaza de practicante en el servicio de Cirugía Menor.

Por fin ve coronados sus esfuerzos, sufriendo su examen profesional los días 18 y 19 de Noviembre de 1879, habiendo presentado como tesis inaugural, según recuerdos probables, "Cierta variedad de abscesos de hígado abiertos en la pleura."

Estudiante de orden, dice uno de sus biógrafos, el orden fué su tema y con él comulgó siempre; le alcanzaba el tiempo para sus diarias tareas y aun le sobraba, prueba de ello es que abordó el estudio de la música, llegando á ser un amateur refinado.

El Sr. Vargas á los veinticinco años de edad, titulado con su diploma de médico cirujano, comienza con toda constancia y con todo empeño su carrera profesional.

Por el año de 1885, un grupo de nueve médicos inaugura la Sociedad Iatromática, siendo fundadores los Sres. Dres. Manuel Barreiro, Francisco de P. Bernáldez, Ignacio Berrueco, Fran-

cisco Hurtado, Agustín Chacón, Francisco Ortega, Alfonso Ruiz Erdozáin, Eduardo Vargas y Octaviano Vázquez Legorreta. El objeto de esta Sociedad era cultivar los estudios médicos en un grupo de amigos, entre quienes con entera franqueza se consultaran dudas, se corrigiesen errores y se estimulara para el estudio.

Posteriormente los Sres. Dres. Manuel Barreiro é Ignacio Beruero, dejaron de pertenecer á la Sociedad y ocuparon los lugares vacantes los Sres. Dres. José Terrés y Manuel Toussaint.

Aun cuando la existencia de esta Sociedad no fué muy larga, pues quedó disuelta el año de 1897, en ella se iniciaron este grupo de amigos estudiosos para hacer sus trabajos médicos, siendo la mayor parte publicados en la Revista Médica, en sus primeros tomos.

En el año de 1886 se inscribió en el concurso para proveer la plaza de Jefe de Clínica Quirúrgica que se verificó en el Hospital de San Andrés el 18 de Agosto. El Jurado lo declaró apto por unanimidad y obtuvo un voto para desempeñar la plaza.

El 18 de Enero de 1888, la Academia Nacional de Medicina declara una vacante en la Sección de Patología Clínica y Terapéutica Quirúrgica; entra á concurso el Sr. Dr. Vargas, presentando un trabajo titulado: "Algunas consideraciones sobre la importancia que tienen en Cirugía las incisiones exploradoras." El Sr. Dr. Federico Semeleder formó parte de la Comisión dictaminadora, dando un informe favorable para el candidato, y habiendo sido aceptado, recibió su diploma que lo acreditaba como socio Titular de la Academia Nacional de Medicina, el 6 de Julio de 1888, firmando como Presidente el Sr. Dr. José Banderá y como Secretario el recto y sentido maestro Sr. Dr. Miguel Cordero.

Tomó participio en el concurso que para proveer la plaza de Jefe de Clínica Quirúrgica se verificó el 31 de Mayo de 1891. El Jurado lo declaró apto por unanimidad y obtuvo dos votos para desempeñar la plaza; además, el Jurado acordó por unanimidad concederle una mención honorífica.

En el año de 1882 se fundó en la Escuela N. de Medicina la cátedra de Clínica infantil, y la Dirección tuvo á bien nombrarlo Jefe de Clínica interino, sin goce de sueldo. Estuvo desempeñando esta plaza hasta el día 30 de Junio de 1888 que re-

cibió su nombramiento de la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública.

Desde el año de 1881 fué nombrado Prefecto de la Escuela N. de Medicina.

Desempeñó temporalmente el cargo de Ayudante y Repetidor de Operaciones en 1890.

En 1894 desempeñó accidentalmente la jefatura de Clínica Médica.

En Enero de 1896 fué nombrado médico adjunto al servicio de Cirugía Menor en el Hospital de San Andrés.

En 1905, al inaugurarse el Hospital General, fué nombrado médico del Pabellón de Niños no Infecciosos.

En 1906, poco antes de su muerte, se aumenta en la Academia N. de Medicina el número de secciones y se inscribe en la Sección de Pediatría.

La mayor parte de los trabajos que publicó el honorable compañero se refieren á disertaciones y observaciones clínicas, el mayor número de estos trabajos (como lo podrán ver los Sres. Académicos al final de este incorrecto trabajo), se refieren á cirugía y medicina infantil y el resto á cirugía general. Todos ellos están publicados en "La Revista Médica," en "La Gaceta Médica" y en los "Anales de los Congresos Médicos;" Mexicano de 1895; Pan-Americano de 1896.

Desempeñó en diversas ocasiones el cargo de Secretario en la Academia N. de Medicina; fué también bibliotecario y varias veces fué nombrado como miembro dictaminador en los concursos abiertos por la Academia para cubrir las plazas vacantes.

De la narración de estos hechos se destacan dos cualidades que bastarían para enaltecerlo: es la primera, la energía y la constancia de su voluntad; es la segunda, su laboriosidad intelectual comprobada por el número de trabajos y observaciones clínicas escritos por él. A sus publicaciones deben añadirse también, su serie de traducciones hechas, sobre todo de la publicación inglesa "La Lanceta."

Como si esto no bastare para caracterizar su intelecto, no debemos pasar por alto la mesura y la corrección en las discusiones científicas, evitando la frase que puede herir la vanidad de los hombres; huyendo en la crítica de la sátira; embozando la contradicción con el ropaje del halago, de afabilidad y de la

sencillez; haciendo abstracción de personalidades y sólo teniendo por mira la verdad y el provecho de sus semejantes.

Con la modestia que siempre caracterizó al Sr. Dr. Vargas, cuando alguna duda tenía en la dolencia de sus enfermos, haciendo abstracción de su amor propio, que casi no existía en él, consultaba la opinión del compañero con toda lealtad para llevar á buen término la curación de sus pacientes.

En los casos clínicos difíciles, al llegar á su hogar, fatigado, pero no fastidiado de las labores profesionales, entraba á su biblioteca, saludaba á sus leales y verdaderos amigos, y escogía de entre aquellos el que le podía resolver su duda, aquél que podía ilustrarlo en su caso clínico.

—Duérmete, Eduardo, le decía su respetable esposa.

—Espera un momento, porque mañana tengo que ver á este enfermo, le contestaba.

He aquí delineado á grandes rasgos al tipo del médico honrado, del médico de conciencia, del hombre que sabiendo apreciar las grandes responsabilidades de su profesión, no le importa sacrificar su amor propio, no le interesa disminuir sus horas de reposo, haciendo el bien y aliviando á sus semejantes.

No son estas las únicas cualidades que adornaron á nuestro amigo verdadero; en todos los cargos públicos que desempeñó, siempre tuvo por norma el cumplimiento de su deber; nunca sufrió una observación de sus superiores, siempre obediente á sus órdenes; y nunca tampoco hizo uso de alguna licencia, como lo comprueba su hoja de servicios que existe archivada en la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

¿Qué decir de su vida privada? Del inmenso amor para su esposa, para sus hijas?

Allí está su respetable familia. Afligida, inconsolable, llorándolo eternamente, Eduardo ha muerto (1); hemos perdido al "amigo verdadero;" al compañero honrado; al socio trabajador. Nada debo decir. Respetemos su dolor.....

Señores Académicos:

Si el Sr. Dr. D. Eduardo Vargas ha desaparecido de la lista de los vivos, su memoria quedará grabada para la posteridad en el seno de esta Honorable Corporación.

(1) 26 de Marzo de 1906.

Los hombres que se caracterizan por sus virtudes morales se llaman honrados y merecen que se les tribute un homenaje de admiración y de respeto.

México, Diciembre 18 de 1907.

R. CARRILLO.